

Rearme moral contra el terrorismo

El pasado 11 de marzo, Madrid y España entera fueron brutalmente golpeadas por el terrorismo ciego que escogió sus víctimas directas entre los trabajadores y trabajadoras que, a primeras horas de la mañana, se dirigían a sus diarias ocupaciones. Las más de 200 víctimas mortales, de todas las edades, incluido un bebé de pocos meses, eran originarias de catorce países diferentes. El cuádruple atentado causó una conmoción y una indignación absolutamente generales.

Las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado detuvieron muy pronto a varios de los presuntos responsables de la masacre, contando en esta tarea, desde el primer momento, con la valiosa colaboración de algunos ciudadanos. Estamos seguros de que emplearán todos los medios que pone a su disposición el Estado de Derecho para neutralizar a los asesinos. Dado, además, el carácter internacional de la banda terrorista que se supone implicada, es de esperar que nuestros socios europeos y los Estados Unidos, amenazados por el mismo peligro, nos prestarán un apoyo decidido y eficaz. Las democracias están legitimadas a emplear

todo el arsenal coercitivo del que les han dotado las leyes para proteger a sus ciudadanos. El rearme contra el terrorismo ha de ser total. Estamos seguros de que lo será en la línea del «monopolio de la violencia» del que disfrutaban los Estados.

El terrorismo, un problema de medios

Razón y Fe, desde su inspiración humanista y cristiana, quiere aportar su modesta contribución a este rearme total insistiendo sobre todo en su aspecto moral y en el carácter absurdo e inhumano de todo terrorismo. ¿Qué explicación pueden dar los terroristas del 11-M de su gesto criminal al padre ecuatoriano cuyo único hijo, muerto aquel jueves fatídico en Atocha, había buscado en España la posibilidad de labrarse un porvenir mejor? No sirven como respuesta nociones abstractas como «guerra santa», «lucha de clases» o «liberación nacional». El problema del terrorismo no está en sus objetivos, muchas veces legítimos, sino en sus medios. El terrorismo es la trágica puesta en escena del falso principio según el cual «el fin justifica los medios», cualquier medio. La «nación árabe», como toda nación, tiene sus derechos; y sus miembros han de intentar convertirlos en realidad y hacerse respetar por las demás naciones. Pero la violencia ciega, al margen de todo sentimiento humano, en vez de resolver sus problemas, tras algunas aparentes victorias, dejará mayores problemas para el futuro, empezando por la pérdida de los valores morales en su misma sociedad, con el consiguiente deterioro de la convivencia.

En este sentido, todos los terrorismos son iguales. Tras el 11-M, ETA se apresuró a declarar que aquello no había sido obra suya. Sin embargo, tanto los *etarras* como quienes los apoyan desde la legalidad tienen en el 11-M la imagen de sus propios actos. Esta vez, al parecer, han asistido a la tragedia como meros espectadores. Es de esperar que esta posición de espectadores les ayude a descubrir qué es lo que se siente ante semejantes monstruosidades cuando no se está en la necesidad de tener que justificarlas. Pero tal vez sea mucho esperar, porque están dando muestras de «no tener marcha atrás», de no caer en la cuenta

del mal que siguen haciendo, en primer lugar al mismo pueblo al que pretenden «liberar», ni de la total falta de porvenir de su estrategia. La presencia de Otegi, el líder de la formación política cercana a ETA, en una manifestación de condena a los atentados del 11-M, parece confirmar ese rechazo a verse reflejados en el horror de dichos atentados. Pero ¿no es peor encerrarse en la total contradicción que significa condenar los atentados cometidos por los demás, y no los cometidos por los propios correligionarios? Otegi sabe muy bien que cada atentado de ETA supone una pérdida de peso político para su propia formación. Pero, a pesar de ello, da la impresión de no hacer nada o, si hace algo, de no tener la suficiente autoridad como para conseguir que cambien de rumbo quienes emplean como «argumentos» la carga explosiva o el tiro en la nuca. En buena lógica, la única salida a semejante situación es la de desmarcarse de los violentos, por ejemplo, participando en una manifestación de condena al próximo atentado de ETA (si es que se produce; y ojalá no se produzca nunca).

Antiterrorismo y Derecho Internacional

La comunidad internacional está actualmente empeñada en una campaña antiterrorista que algunos líderes políticos pronostican muy larga. Se trata de un proyecto necesario en orden a alcanzar el gran objetivo de la paz. Si el fin es muy noble, los medios han de serlo también. Los Estados de Derecho no pueden cometer el error de admitir que el fin justifica los medios. Porque, de lo contrario, podrían estar alimentando el mismo mal que dicen querer atajar: el terrorismo internacional. En principio, todos los Estados miembros de la ONU han aceptado los principios de dicha Organización y las normas del Derecho Internacional.

Según dicho Derecho, un Estado sólo puede utilizar su fuerza en legítima defensa¹, cuando ha sido atacado por otro, conforme al artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas² o si lo aprueba el Consejo de

¹ Razón y Fe, Marzo 2003, p. 211.

² *Ibid.*, p. 212.

Seguridad de la ONU (artículo 39 y siguientes de la Carta). Ahora bien, en estos momentos un país árabe ha sido atacado y está ocupado sin que se haya cumplido ninguna de estas dos condiciones. Los ataques preventivos, que se invocaron en este caso, están expresamente proscritos por la Carta de las Naciones Unidas³. Los políticos norteamericanos habían anunciado claramente su intención de actuar, con o sin el respaldo del Consejo de Seguridad⁴, contra Irak, uno de los Estados pertenecientes a lo que ellos llamaban «el Eje del Mal» (una denominación maniquea que puede llevar a justificar cualquier arma contra «las fuerzas del Mal» y a ignorar las posibles injusticias cometidas por el «Eje del Bien» no nombrado, pero cuya existencia se supone por pura simetría).

Como es bien sabido, en vísperas de iniciarse el conflicto de Irak, la Santa Sede, consciente de los peligros que podía suponer implicarse en una espiral de la violencia, se lanzó a una activa campaña diplomática con vistas a detener la guerra. «*Jamás el futuro de la humanidad podrá verse asegurado por el terrorismo y la lógica de la guerra*», advirtió Juan Pablo II el miércoles de Ceniza del pasado año⁵. El papa, perdiendo el respeto a las «razones de Estado», ponía al mismo nivel el terrorismo y la lógica de la guerra. Días antes, un representante del Vaticano había declarado, en lenguaje muy diplomático, que «*las pruebas presentadas por Powell en la ONU [para justificar el ataque a Irak] no me parecen convincentes*»⁶. Casi un año más tarde, el mismo Powell reconocería que aquellas «pruebas» carecían de todo valor probatorio.

No es ésta la única ocasión en que se ha mentido por «razones de Estado» y se han negado hechos evidentes y bien sabidos de todos, según la táctica bien conocida de que una mentira repetida un número suficiente de veces, sobre todo desde las televisiones públicas, acaba por convertirse en verdad. Por eso nos ha parecido necesario recordar algunos hechos importantes teóricamente del dominio público.

³ *Ibid.*, p. 213.

⁴ *Ibid.*, p. 214.

⁵ *Razón y Fe*, abril 2003, p. 328.

⁶ *Ibid.*, p. 326.

En mayo del año pasado, un editorial de *Razón y Fe* volvía de nuevo sobre el tema de la guerra de Irak y lanzaba esta advertencia: «*La sementera de la guerra producirá nuevos conflictos, nuevos problemas y nuevos dramas*»⁷ y constataba que «*se habían incubado nuevas generaciones de terroristas*»⁸. No pensamos haber desplegado en esa ocasión unas dotes excepcionales de clarividencia política. Para aquellas fechas, millones de españoles habían manifestado su oposición a la guerra de Irak y al apoyo que el presidente Aznar le había ofrecido en la reunión de las Azores. Nuestra previsión pesimista era lógica. Pero no imaginábamos que nos iba a afectar tan directamente a nosotros. Hasta hace un mes la televisión nos había ofrecido imágenes macabras de una guerra lejana. Pero el 11-M fueron nuestros muertos, nuestros heridos y sus parientes destrozados por el dolor los que se convirtieron en trágica noticia para los cinco continentes.

«*¿Estamos ganando o perdiendo la guerra contra el terrorismo? Cuanto más nos esforzamos, más retrocedemos: ¿es ésta nuestra situación actual?*»⁹ era la pregunta que Rumsfeld, el jefe del Pentágono, dirigía a sus colaboradores en un informe interno el pasado 16 de octubre. Es la misma pregunta que muchos ciudadanos de Occidente nos estamos haciendo desde hace ya algún tiempo y la que se nos plantea con nueva fuerza tras el 11-M. La respuesta se ha vuelto aún más oscura desde esta fecha. Y no precisamente porque Occidente carezca de armas, de personal cualificado ni de presupuestos para llevar a cabo esa «guerra». Su fallo principal es que está mal planteada, precisamente en términos morales y de Derecho Internacional. Occidente —menos aún un solo país de Occidente— no puede decidir qué tiranos deben desaparecer del mapa político, aun al precio de una guerra (no ha de olvidar que ha apoyado a no pocos tiranos todavía en un pasado reciente, sin ir más lejos al mismo Sadam Hussein, y ahora mismo al tirano que gobierna Guinea Ecuatorial y administra su abundante petróleo). La democracia no puede imponerse desde fuera por la fuerza, como lo está poniendo

⁷ *Ibid.*, p. 419.

⁸ *Ibid.*, p. 423.

⁹ *Razón y Fe*, diciembre 2003, p. 309.

de manifiesto la sangrienta posguerra que vive Irak en estos momentos. El Derecho Internacional no puede ser ignorado, a menos de optar por la ilegalidad y la ley del más fuerte. Ni podemos ser tan desmemoriados como para olvidar que el embrión de comunidad internacional del que ahora disponemos nació precisamente tras la horrible pesadilla de la Segunda Guerra Mundial, provocada por un régimen que sólo creía en la fuerza de «los mejores».

Una buena parte del pueblo español salió a la calle, ahora hace un año, para expresar su rechazo frontal a la guerra como método para resolver los conflictos, sobre todo a las guerras unilaterales y preventivas. Este mismo rechazo parece haber jugado un papel importante en el cambio de mayoría parlamentaria que tuvo lugar tres días después de los sangrientos atentados. Todo conduce a pensar que hemos escarmentado en cabeza propia. Sólo cabe desear que nuestros aliados, sobre todo el más poderoso de ellos, escarmienten también y se pregunten: ¿por qué mueren nuestros soldados en Irak? ■